

Editoriales**Otra vez los Altoparlantes**

**E**STA visto que los dueños de los carros altoparlantes no desmayan en su pretensión de lograr un nuevo permiso para reanudar el escándalo en tono mayor. Ahora, visto que han fracasado sus anteriores gestiones cerca de las autoridades, pretenden ampararse en la petición de un grupo de comerciantes, que interesan el funcionamiento de los carros amplificadores para sus propagandas. Y para hacer mayor presión, también los presuntos trabajadores de dichos carros, que se multiplican como por encanto, vuelven a repetir su endecha del desamparo en que se hallan, porque no se les autoriza a molestar a los cinco millones de personas que viven en Cuba.

No creemos que el ministro de Gobernación se deje impresionar por tales estrategias, encaminadas a la consecución de un propósito que, por mucho que se le quiera disfrazar, no supone otra cosa que un atentado punible a la tranquilidad y sosiego de nuestro pueblo.

El país está ya harto de ruidos innecesarios y perturbadores. En vez de dar autorización a los altoparlantes para que eleven

al delirio ese coro infernal, lo que se requiere es eliminar con energía el escándalo que ya existe y que resulta impropio de una nación civilizada. Toda la ciudadanía se queja con razón de los innumerables ruidos que forman un siniestro ambiente de confusión y que interrumpen el trabajo, penetran en las escuelas y hospitales, con su lacerante estrépito y dañan la salud mental de la población. Precisamente, no hace muchos días, la Junta Nacional de Salubridad ha recordado, con su prestigio y autoridad de organismo científico, los enormes perjuicios que ocasionan los ruidos, y en especial el que producen los altoparlantes, al organismo humano.

Sería, por tanto, de irresponsabilidad suma volver a permitir que los altoparlantes funcionen, aunque lo pidan unos cuantos comerciantes y un grupo de trabajadores. Porque por encima de unos y otros, está el superior interés del pueblo cubano, que tiene derecho a reclamar sosiego y tranquilidad, para desenvolver su vida dentro de moldes civilizados, en que el trabajo y el descanso no se vean sometidos a esa agresión intolerable que proviene del escándalo callejero, aumentado seguramente a límites increíbles si se autorizara de nuevo la orfandad de los carros altoparlantes.

*M, Nov 23/51*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA